

DOCUMENTOS

Escritores y políticos

Por John F. KENNEDY

El tiempo ha llegado de que esos dos grandes ejércitos de Norteamérica, los escritores y los políticos, celebren reuniones de paz y sostengan un encuentro en la cumbre, con el objeto de llegar a la convicción que deje a un lado esas armas siniestras y mortíferas de la guerra moderna: el ataque con púas, la pluma ácida, y lo más terrible de todo: la explosión retórica. Porque ni la literatura ni la política se han beneficiado en lo absoluto con su hostilidad presente y recíproca.

No constituye secreto militar alguno el desdén que el político y su gobierno experimentan hacia el escritor y el humanista. En nuestra Fortaleza sobre-el-Potomac, Washington, concedemos medallas y levantamos monumentos a notables empleados públicos, a famosos militares, a científicos prominentes y, por supuesto, a políticos retirados, pero nunca a escritores distinguidos. Abrigo muy serias dudas sobre si algún poeta nacional laureado pudiese obtener alguna vez la aprobación del Senado. Concedemos subsidios a los cultivadores de remolacha, a quienes trabajan en las minas de plata, a quienes diseminan los fertilizantes e incluso a los recolectores de miel, pero jamás a los escritores.

Por otro lado, es igualmente ostensible el desdén del escritor y el humanista hacia el político y su gobierno. Mi escritorio está inundado con libros, artículos y panfletos que critican al Congreso. Pero en muy rara ocasión, si es que ha habido alguna, he podido ver que un escritor dedique elogios ya sea a la profesión o a cualquier cuerpo de la política por sus logros, su habilidad o su integridad, no digamos ya por su inteligencia. Los políticos en la ficción —ya sean miembros del Parlamento en la época de Charles Dickens o alcaldes de Gibbville en la época de John O'Hara— resultan inevitablemente ruines, rastroñosos o egoístas. Muchos de nuestros escritores e intelectuales contemporáneos suscriben los puntos de vista de Henry Adams, quien en 1869 fue interrogado con impaciencia por un miembro del gabinete: "Usted no puede emplear el tacto al tratar a un miembro del Congreso. ¡Un congresista es un cerdo! Lo que se debe hacer es tomar un palo y golpearlo en el hocico." A lo que, con ironía tranquila, replicó Adams: "¿Si un miembro del Congreso es un cerdo, qué será entonces un senador?"

Para un número considerable de literatos, los políticos de la vida real no representan otra cosa, no son más que censores, investigadores y perpetradores de lo que ha sido llamado "el grosero culto del anti-intelectualismo"; un culto que, me permito añadir, es equiparable en la presente contienda con lo que podría denominarse "el culto snob del anti-politicismo".

Los políticos y el escritor norteamericanos de hoy descienden de ancestros comunes. Porque entre nuestros primeros y grandes políticos —aquellos que presidieron en 1776 el nacimiento de la nación y que en 1787 testificaron su bautizo— participaba la mayoría de los primeros y más notables escritores y humanistas del país. Los creadores de la Constitución de los Estados Unidos fueron también los creadores del humanismo norteamericano. Las obras de Thomas Jefferson, Madison, Hamilton, Benjamín Franklin, Tom Paine, John Adams y Samuel Adams —para nombrar sólo a unos cuantos— influyeron por igual en la literatura y en la geografía del mundo. Consideraban a los libros sus herramientas de trabajo, no sus enemigos.

Locke, Milton, Sidney, Montesquieu, Priestly, Coke, Bolingbroke, Harrington y Jeremías Bentham se contaban entre quienes, ampliamente leídos en los círculos políticos, eran frecuentemente citados en los panfletos. Nuestros líderes políticos participaron en el libre comercio de las ideas con resultados perdurables, tanto aquí como en el extranjero.

Por más de un siglo, se mantuvo intocado en Norteamérica este vínculo entre los mundos de la literatura y la política. Los presidentes de la república, los senadores y los congresistas no eran tan sólo filósofos políticos; eran también biógrafos, historiadores, ensayistas, humoristas y, en algunos casos, poetas y narradores. Considérese por ejemplo, este poema dedicado a una joven:

¿La recuerdas?

*Sí, la hermosa muchacha
cuya memoria fiel se apegará a su sitio,
hasta que vaya al polvo mi corazón ardiente,
y cese en su latido este pulso salvaje.*

*No importa adónde arrojen mi barquilla
la tormenta y el caos del mar de la existencia:
ya no está más el ancla; el timón se ha perdido.*

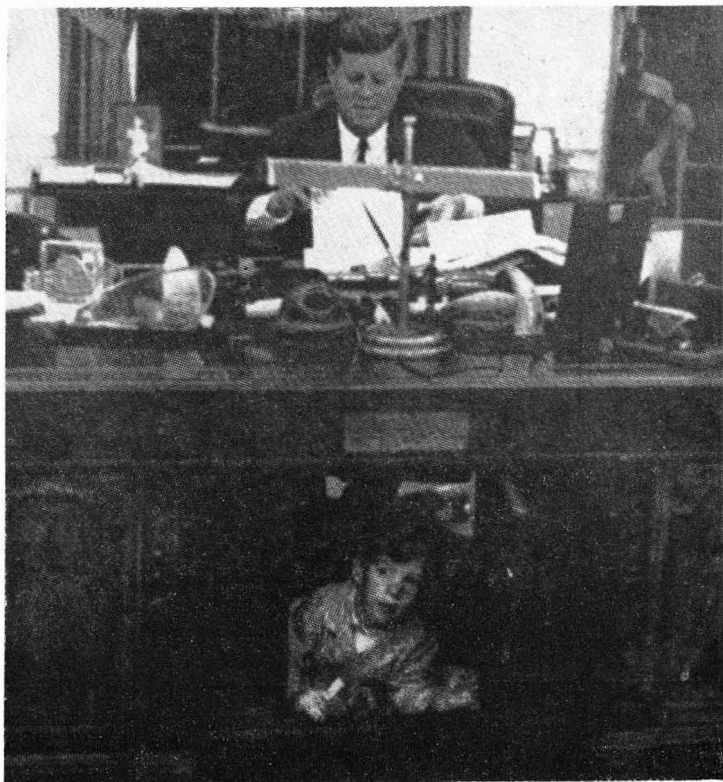
Y todavía, oh primo, me acordaré de ella.

El autor no era Christina Rossetti, ni Robert Browning, sino un tosco senador de Texas: Sam Houston.

Incluso cuando los hombres de letras no intervenían en forma directa, su influencia sobre los acontecimientos políticos seguía siendo poderosa. Los geniales abolicionistas de Nueva Inglaterra —Ralph Waldo Emerson y John Greenleaf Whittier entre otros—, influyeron vigorosamente en los años previos a la Guerra Civil. Y la educación de Henry Adams tenía más que ver con los asuntos de la política, que con las simetrías de la Catedral de Chartres y del Monte St. Michel.

Hoy ese vínculo ha desaparecido por completo. ¿Dónde se encuentran los estadistas-humanistas? El político norteamericano actual teme, si no es que desprecia, ingresar al mundo literario con el valor de un Beveridge. Y el escritor y el humanista de nuestros días se muestra renuente, si no es que desdénoso, ante las perspectivas de abordar el mundo político con el entusiasmo de un Woodrow Wilson.

El político moderno —aunque me gustaría aclarar que suelen producirse las excepciones— sabe bien que casi nunca puede negarse aquello que dice pero que no escribe, y que lo que escribe y nunca recuerda puede volver algún día a perseguirlo como fantasma obsesionante. El reflexionar sobre el lamento de Job: "Oh, que mi enemigo hubiese escrito un libro", ha sido más de una vez la causa que detiene la pluma de los políticos. Se considera como relativamente seguros los diarios y las memorias que se publican al final de una carrera política, ya que agregan la ventaja incalculable de la percepción tardía, pero incluso ese tipo de testimonios son cada vez más escasos. La única ficción que invoca la mayoría de los políticos modernos es la plataforma de partido; la única musa a la que atienden es su líder de partido. Y por lo que se refiere a las obras de Locke, Milton, Coke y Bolingbroke, el único Locke que les interesa



John Kennedy con su hijo en la Casa Blanca



John F. Kennedy: "que los escritores y los políticos celebren reuniones de paz"

trabaja en el Tesoro. Milton (Berle) aparece las noches de los martes en televisión; Coke es su bebida, la pausa que refresca, y jamás han oído hablar de Bolingbroke.

Al mismo tiempo, demasiados escritores y humanistas de Norteamérica —que se olvidan del carácter político de sus antepasados— temen que el absoluto desorden de la política pueda dañar la mano extraordinaria que hace girar las obras concebidas tan cuidadosamente. “Todos los literatos —escribía John Galsworthy— pueden decirle a la gente lo que *no debe ser*: eso es literatura. Pero decirle lo que *debe hacer*: eso es política.” Muchos literatos *intentarán* decir lo que conviene hacer y en ese momento ellos intervendrán en la política. Pero muy pocos se colocarán a la vista de todos, se expondrán a las presiones de la calumnia pública y a la humillación de las urnas electorales. Prefieren permanecer en la posición del tirador: en el extremo final del rifle de una crítica política y no enfrentarse al toro. Y esto en verdad es una desgracia, porque nuestra vida política podría revitalizarse si nuestros literatos asumieran las posiciones de dirección que mantuvieron en forma tan decisiva en el pasado.

El político y el escritor de Norteamérica pueden desenvolverse dentro de un marco común: el marco de la libertad. La libertad de expresión no puede ser dividida en expresión política y expresión literaria. El sello en la puerta de la Legislatura, el Parlamento o la Asamblea —por orden del rey, el dictador o el Führer— es seguido o precedido históricamente por un sello en la puerta de las imprentas, de las editoriales o de las librerías. Y si el primer impulso hacia la libertad en cualquier tierra subyugada es dado por un líder político, el segundo será promovido por un libro, un periódico o un panfleto.

Por desgracia, en épocas más recientes, los políticos y los intelectuales han peleado con acritud —con demasiada acritud, algunas veces— sobre cómo cada grupo ha respondido al moderno desafío de la libertad, tanto en el aspecto nacional como en el internacional. Los políticos han desconfiado del criterio de los intelectuales al reaccionar ante los cantos de sirena del radicalismo; y los intelectuales tienden a acusar a los políticos de no tener una conciencia activa, especialmente aquí en los Estados Unidos, de los efectos tóxicos de la libertad restringida.

Aunque son quizás inevitables las diferencias de juicio sobre los peligros de la libertad, debe producirse, sin embargo, un acuerdo mucho más esencial sobre las cosas fundamentales. Debemos ser, en este campo, aliados naturales y trabajar juntos, estrechamente, por la causa común, contra el enemigo común.

Como posible asunto literario, la política, los políticos y el gobierno —desde que el primer hombre esculpió sus pensamientos en las paredes de las cuevas— ceden sólo en importancia al tema del amor. La relación de un Salomón con la Reina de Saba, las conquistas de Carlomagno, la tragedia de un Rey Lear, todos éstos son relatos sobre políticos, sus gobiernos, sus leyes, sus batallas. Es un problema político colgar a las brujas de Salem, matar con una daga a Duncan en Inverness y disputar sobre los restos de César en Roma. Por la política Juana de Arco murió en la plaza de la ciudad de Rouen. De Bounivard fue enviado a los calabozos de Chillon; Davy Crockett combatió en El Álamo. Sin la política y los gobiernos, no habría espías, ni intrigas palaciegas, ni revoluciones, ni prisiones, ni casas de pobres.

La política y el gobierno han conmovido las vidas y las obras de todos los escritores y poetas que merecen nuestra admiración. Por su causa, Lawrence fue enviado a Arabia, Byron pereció bajo la lluvia de Missolonghi, Poe fue dado de baja en West Point y Rupert Brooke partió a morir en una isla del Egeo.

Pero no es éste un camino de un solo sentido. Ha sido igualmente vasta e incommensurable la influencia de la literatura sobre el desarrollo de nuestra vida política. Una y otra vez, grandes obras de la literatura como *El Contrato Social* de Rousseau han provocado grandes luchas sociales; y una y otra vez, grandes luchas sociales han hecho surgir grandes obras literarias.

Los políticos modernos, al margen de lo que puedan decir, no pueden seguir adelante sin los escritores; del mismo modo que los escritores no pueden continuar sin los políticos. Son en gran parte los libros y los artículos —ya sean de ficción (como *La cabaña de Tío Tom* o *Los envenenadores de Chicago* (*The Jungle*, de Upton Sinclair), o recolección de hechos (como *Las memorias de generales*) o filosóficos (como *La opinión pública* de Lippmann)—, el medio por el que obtenemos, quienes estamos en la arena política, nuestras ideas, nuestros ideales, nuestros temas y nuestra inspiración.

“Los poetas —escribió Shelley en la conclusión de su *Defensa*

de la poesía— son los legisladores que el mundo jamás reconoce.” Esto contiene más elementos de verdad que lo que estarían dispuestos a reconocer la mayoría de los legisladores. Las causas, las cruzadas —incluso las críticas— de los literatos y los periodistas nos estimulan y nos ayudan para conducirnos. Por mucho que resulten irritantes los comentarios mordaces de nuestros críticos intelectuales, ya sean liberales o conservadores, hay pocos miembros del Congreso que desearían colocarse a salvo de cualquier reproche, que desearían situar sus conclusiones —correctas o equivocadas, sabias o peligrosas— fuera del alcance de la corrección y del cambio.

Un incentivo común determina al político y al escritor: la aprobación pública. “¿Cuántos libros venderé?”, pregunta el escritor. “¿Cuántos votos obtendré?”, pregunta el político. El problema, por supuesto, es impedir que se vuelva dominante el deseo natural de aprobación pública que ambos grupos experimentan.

Ciertamente, la existencia política presenta problemas reales, ya que allí el número de tentaciones y presiones para aceptar la vida sensual del compromiso interminable es quizá mayor que en ninguna otra profesión. Desgarrado entre sus obligaciones hacia su distrito electoral, su preocupación por la seguridad de su familia, su gratitud hacia quienes le apoyaron, su lealtad hacia su partido, sus ambiciones personales, su sentido del deber público y su conciencia de que lo correcto y lo incorrecto en la mayoría de los asuntos están mezclados casi inextricablemente, el político prosigue dando traspiés, y buscando defenderse de sus críticos, de los cuales sólo unos cuantos son desinteresados. En pocas profesiones como en la política, se espera que un hombre sacrifique su honor, su prestigio y su carrera elegida en un solo asunto. No quiero decir que los escritores, los maestros y otros, no se enfrenten a decisiones difíciles que comprometen su integridad; pero pocos enfrentan esas decisiones como los políticos: a la luz de los reflectores de la publicidad.

No es pues de sorprender que no tengamos más hombres provistos de valor político, deseosos de ir hasta el fin por sus creencias. No es de sorprender, entonces, que hace unos cincuenta años, un senador famoso se hubiera acostumbrado de tal manera a la precaución política y a reservarse sus opiniones, que cuando fue a ver a unos siameses en un circo, le dijo cautelosamente al encargado de la exhibición: “Serán hermanos, me imagino.”

Y no es motivo de sorpresa tampoco lo que de otro senador de una generación pasada, con tendencias y cautelas similares, William B. Allison de Iowa, se llegó a decir: que si se construyera un piano desde la Cámara del Senado hasta Des Moines, Allison podría recorrer todo el camino sobre las teclas sin tocar siquiera una nota.

Por desgracia, hay pocos grupos donde los problemas del político se observen con esa mínima y genuina comprensión que caracteriza a escritores y novelistas, quienes parecen poseer el talento para discernir lo bueno y lo malo en todos los asuntos, sin padecer ninguna de las dificultades que sobrelleva el político. Es esta facultad extraordinaria de tantas figuras literarias la que precipitó la declaración de Lord Melbourne, quien afirmó que a él le encantaría estar tan seguro de cualquier cosa, en la misma forma en que el joven historiador T. B. Macaulay parecía estar tan seguro de todas las cosas.

No deseo minimizar las dificultades a las que el escritor se enfrenta en el empeño de ser fiel a su talento.

Ni siquiera defender el arte del político si sus resultados han de estar —en palabras de Shaw— “mancillados por el compromiso, podridos por el oportunismo y enmohecidos por la conveniencia”. Desde luego, no buscaré ninguna suspensión de las facultades críticas cuando se aplican a mi profesión.

Porque es uno de los rasgos distintivos del totalitarismo el que la crítica se dirija únicamente contra los enemigos del Estado, más que contra el Estado mismo. Y es un hecho cierto el que con demasiada frecuencia ha sido el escritor, y no el político, el amigo más verdadero de la libertad. Y yo sugiero la necesidad de una mayor comprensión de los problemas difíciles y auténticos que trae consigo el gobierno venturoso de un Estado democrático.

Y quisiera concluir este llamado a la unidad, insistiendo de nuevo en la urgencia de reconocer cuán inextricablemente entrelazados se encuentran los destinos y las profesiones de nuestros políticos y escritores. En este sentido, la síntesis de nuestros esfuerzos y talentos puede proporcionar un más grande servicio a la causa de la libertad: un baluarte para responder al desafío del futuro.

—Traducción de Carlos Monsiváis